




IZQUIERDA EN DEBATE



Desestructuración de las izquierdas institucionales (II)

SERGIO DE ZUBIRÍA SAMPER

PROFESOR DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
DOCENTE INVESTIGADOR DOCTORADO BIOÉTICA
UNIVERSIDAD EL BOSQUE

El presente escrito pretende continuar el análisis y comprensión del proceso de “desestructuración” de un grupo amplio de las “izquierdas institucionales”. Otorgamos a la noción de “desestructuración” el sentido de pérdida, dispersión, debilitamiento de una estructura que tenía relativa profundidad, consistencia y estabilidad; utilizamos la categoría de “izquierda institucional” evocando el significado que otorga Marx en *La Lucha de clases en Francia* a ciertas organizaciones y partidos políticos que terminan convertidas en “partidos del orden”, porque en sus programas electorales proclaman “la dominación de la clase burguesa, es decir, la conservación de las condiciones de vida de su dominación, de la *propiedad*, de la *familia*, de la *religión*, del *orden*” (Marx, 1976, p. 258).

Hemos realizado un excursión histórica y caracterización del declive ideológico en la desestructuración de las “izquierdas del orden”, explorando algunas de sus manifestaciones ideológicas y teóricas más preocupantes. Se destacan cuatro manifestaciones de este “derrumbe” teórico, pero pueden ser muchas más y cada una se despliega en otros ámbitos. La primera expresión consiste en la diáspora conceptual que caracteriza a la noción de “izquierda” hace tres décadas y su tendencia a profundizarse. La segunda se caracteriza por la escasa teorización sobre la profunda “crisis de la política” que la actitud evasiva sobre sus

consecuencias. El tercer hito es la ausencia de teorías contemporáneas sobre el problema del poder y del Estado, con sus consecuencias para la comprensión de las relaciones entre reforma y revolución. La cuarta manifestación es la consolidación de subjetividades y lógicas reformistas en las izquierdas institucionalizadas.

Pretendemos explorar la desestructuración en la acción política práctica y el abandono del horizonte anticapitalista. Iniciamos con el declive ideológico evocando la preocupación reiterada de V. Lenin por la “despreocupación y la impotencia en el desarrollo del pensamiento teórico”, sobre el cual nunca se insistirá lo bastante porque “sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario” (Lenin, 1961, p. 137), lo que L. Althusser decide complementar con “pero sin movimiento revolucionario no hay teoría revolucionaria, sobre todo en filosofía. La lucha de clases y la filosofía marxista-leninista se hallan unidas como los dientes y los labios” (2008, p. 167). La teoría debe ser apropiada por las masas y convertirse en práctica crítico-revolucionaria; solo así, la teoría se convierte en poder material. Este momento de mediación es bastante complejo, exigente y difícil. Comprendiendo esta dificultad, Gramsci considera al marxismo una “filosofía de la praxis” en dos sentidos profundos. El primero, es una concepción materialista de la historia que le adjudica a la práctica humana un papel central en la historia social y centra la *praxis* en la actividad transformadora de las subjetividades sociales. El segundo, es una teoría política de la construcción de hegemonía que conlleva correlación de grados de fuerzas entre clases, dirección intelectual y moral, y transformación radical de los modos de vida. Para el revolucionario italiano, toda filosofía es política y toda política parte de una concepción filosófica del mundo.

En sus notas de lectura sobre Maquiavelo y Lenin para una teoría política marxista realiza unas preguntas y aclaraciones radicales. Destacamos tres que remiten a la naturaleza de la acción política. La primera es al mismo tiempo una premisa y un interrogante: si la ciencia y el arte políticos contienen dentro de sus elementos la existencia de gobernantes y gobernados, de dirigentes y dirigidos, tenemos que preguntarnos con Gramsci: “¿se quiere que existan siempre gobernantes y gobernados, o, por el contrario, se desean crear las condiciones bajo las cuales desaparezca la necesidad de la existencia de esa división?” (1973, p. 25). La segunda postula la necesidad moderna del partido político como “la primera célula en la que se resumen los gérmenes de la voluntad colectiva que tienden a devenir universales” (1973, p. 15), pero también hay que interpelar sobre el tipo de acción política (en sentido estricto) realizada para hablar *stricto sensu* de partido político; no toda “actividad” es *praxis* política y tampoco digna de ser desplegada por un partido político marxista. Tercera, las condiciones de la acción política como “relaciones de fuerza” deben distinguir diversos momentos o grados en las fuerzas materiales de producción de las diferentes clases, el nivel de homogeneidad, autoconciencia y organización, y la relación con las fuerzas militares.

Partiendo de estas orientaciones podemos ubicar los síntomas de la desestructuración de la acción política de las izquierdas institucionales: la problematización del destino de las relaciones de poder, las “acciones políticas”

dignas o no de un partido político marxista y las condiciones de posibilidad de la acción política. En dos momentos intentamos esta cartografía. En primera instancia, hacemos una cartografía de las expresiones en la acción política práctica de las izquierdas institucionalizadas que evidencian su desestructuración en las tres dimensiones anteriores. En segundo orden, subrayamos la tendencia exacerbada a la supresión de la lucha anticapitalista.

Activismo, institucionalismo y acción revolucionaria

Para comprender la complejidad de la acción o praxis revolucionaria es conveniente remitir a ciertas distinciones realizadas por el filósofo A. Sánchez Vázquez. La primera es “toda praxis es actividad, pero no toda actividad es praxis” (1972, p. 153), ya que la *praxis* no es cualquier quehacer general sino que tiene especificidades tales como la conciencia de un fin, la prefiguración, la fuerza de la negatividad, su carácter creativo, la participación colectiva, la transformación del mundo y la sociedad, etc. La segunda distinción consiste en mantener una total distancia con el “practicismo” y el “pragmatismo”. El “practicismo” postula una práctica sin necesidad de teoría o con un mínimo de ella; con unos pocos “dogmas” o breves manuales ya se está preparado para la “acción”. El “pragmatismo” establece como criterio de la práctica la satisfacción de intereses individuales, la utilidad y éxito en los resultados de las “acciones”. A gran distancia del marxismo revolucionario que plantea la *praxis* como actividad material, transformadora, emancipatoria y social. La tercera remite a la relación indisoluble entre *praxis* y revolución; las teorías de Marx, Engels, Luxemburgo y Lenin no son solamente análisis de las formaciones sociales de su época, sino investigaciones sobre la actividad práctica revolucionaria y la convicción de la necesidad de desatar revoluciones a nivel planetario. “En su esencia, la investigación científica llevada a cabo en *El Capital* pone de manifiesto, justamente por su carácter dialéctico y científico, su naturaleza crítica y revolucionaria” (2008, p. 188). El primer campo de adelgazamiento de la práctica política de la izquierda institucionalizada se revela en su relación con el poder y el Estado. Orienta sus acciones a la “toma del poder” como si se tratara

La praxis crítico-revolucionaria camina en la dirección de la autodeterminación, el autogobierno, la democracia plebea, la destrucción de la democracia burguesa y representativa, mientras la izquierda institucional refrenda acuerdos por las alturas entre las “direcciones”, defiende el orden constitucional existente y tiene pánico de contagio con el movimiento real de la lucha de clases; en el fondo desea defender los “privilegios” personales de ser “dirigentes” y tiene temor a que las masas superen las instituciones moribundas y a los que las usufructúan.



<https://difusionnorte.com/wp-content/uploads/2019/11/crisis-prin.png>

de una cosa, espacio o institución, que tiene una forma unicéntrica y piramidal, abandonando la compleja construcción de hegemonía en el sentido de Lenin y Gramsci como lucha de clases desde abajo, como bloque histórico, dirección moral e intelectual. El poder no es un objeto externo o un

La relación entre acción política y transformación revolucionaria es constitutiva del pensamiento crítico y componente esencial del partido político marxista. “El marxismo propone un programa de luchas, que partiendo del combate inscrito en la política, pasa a definir un nuevo lugar de lo político, una nueva existencia social de los individuos. Su idea rectora es el comunismo”. Una sociedad de individuos libres que logre abolir las clases, el Estado, las relaciones mercantiles y distribuya la riqueza social “a cada cual, según sus necesidades”.

gobierno que se “toma”, sino relaciones de grados de fuerzas entre clases por la dirección hegemónica de una sociedad. Al mismo tiempo, limita su activismo a participar en instituciones, formas legales y parlamentarias. Debilita la crítica al Estado como “una máquina para mantener el dominio de una clase por otra” (Lenin) y para evadir la lucha de masas fomenta una “fe estatal” de naturaleza asistencialista o fetichismo de la legalidad existente. Las críticas del feminismo a esa actitud son contundentes: “Porque esa fe estatal te hace perder noción de lo que está pasando en la sociedad verdadera. El Estado es la ley, el discurso jurídico, y piensa que lo que no está en sus reglas no existe en la realidad. Y es un error garrafal” (Segato,

2020). Predominando un “enfoque de derechos” respetuoso de la democracia burguesa constitucional y suplicante de la ampliación de los “derechos políticos” ya consagrados en las constituciones existentes. Se establece una especie de “constitucionalización” de la política y quien decide y limita la naturaleza de las luchas sociales es la legalidad existente. Se abandona el entrecruzamiento de las luchas legales, ilegales y no legales, como también la combinación de acciones institucionales y extrainstitucionales.

Ante la penetrante pregunta de Gramsci sobre el destino del poder, la respuesta no puede ser la perpetuación de gobernantes/gobernados, dirigentes/dirigidos, sino “crear las condiciones” para que desaparezca esa división. La praxis crítico-revolucionaria camina en la dirección de la autodeterminación, el autogobierno, la democracia plebeya, la destrucción de la democracia burguesa y representativa, mientras la izquierda institucional refrenda acuerdos por las alturas entre las “direcciones”, defiende el orden constitucional existente y tiene pánico de contagio con el movimiento real de la lucha de clases; en el fondo desea defender los “privilegios” personales de ser “dirigentes” y tiene temor a que las masas superen las instituciones moribundas y a los que las usufructúan. Tal vez, por ello, en su *Introducción a una vida no fascista*, M. Foucault describe el fascismo como una experiencia que “nos hace amar el poder, desear lo que nos domina y lo que nos explota” planteando algunas reglas mínimas para mitigarlo, como “no imagine que es necesario ser triste para ser militante, incluso si la cosa que se combate es abominable”, pero también, “no se enamore del poder” (2014, p. 74).

La segunda dimensión de envilecimiento de las actividades de la izquierda institucional remite a sus connotaciones éticas. Hemos subrayado como no toda “actividad” es *praxis* política y tampoco digna de ser desplegada por un partido político marxista. Si la construcción de hegemonía evoca la dirección



<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50031338>

intelectual y moral, la exigencia de una preocupación por la teoría y el cuidado de la eticidad son condiciones ineludibles. En este recorrido ya hemos destacado acciones que negarían la perspectiva ética de un partido político marxista, como el "practicismo" y el "pragmatismo". Pero también emergen otras aporías tales como la tensión diagnosticada por Maquiavelo entre medios y fines; en sociedades capitalistas donde la racionalidad instrumental ha colonizado importantes ámbitos de la totalidad social, siempre será difícil tener claridad sobre los fines últimos, lo que conlleva a dos tensiones de hondo calado ético-político. La primera, hay que reconocer que una actividad política aislada de sus fines estratégicos es propensa al cinismo, el posibilismo o el mal menor. Cinismo, no en su sentido filosófico sino en su uso común como la falta de vergüenza e hipocresía en el modo de mentir o en la defensa de las acciones propias; posibilismo como el aprovechamiento de doctrinas y organiza-

ciones, aún renunciando a las propias, para conseguir determinados resultados; el "mal menor" como elección de un mal para evitar otro mal mayor. La izquierda institucional se mueve en el abismo ético de estas tentaciones. La segunda es la tensión entre un obrar movido exclusivamente por el afán de poder como perpetuación de las relaciones de mando/obediencia o un actuar político respetuoso de ciertas virtudes como la solidaridad, la justicia, la compasión, el reconocimiento entre iguales, entre muchas otras. La "política" que exclusivamente busca el "poder" culmina fundiéndose con el Estado y luego se limita al "poder del Estado".

El tercer nivel remite a las condiciones reales en que se realiza la acción política como correlaciones de fuerzas para la construcción de hegemonía. Es ineludible reconocer que las relaciones de fuerza entre clases actualmente no se limitan a los espacios de las relaciones de producción, la huelga, la confrontación, la calle, los territorios, los cabildos, etc., sino

que en los ámbitos urbanos también aparecen con relevancia las tecnologías de la comunicación e información. Ninguna forma de lucha va a reemplazar a las otras por sus especificidades, pero si existen formas de adecuación y recontextualización. La izquierda institucional asume una actitud acrítica ante la presión de los oligopolios de las tecnologías comunicativas. En un contexto desideologizado y tecnocrático la crisis de la *praxis* política se agudiza. Constatamos síntomas de su transmutación en publicidad, *marketing* y espectáculo; la imposición del culto a la imagen, el carisma mediático, la mercantilización y la sumisión a las expectativas del consumidor estándar. Las diferencias programáticas entre partidos se diluyen y no hacen parte de la activación de disensos; el activismo político convertido en una técnica dirigida por “expertos” que son los poseedores de la “experticia política”, ahora simplificada en datos, sondeos y encuestas sin ninguna referencia a marcos teóricos o políticos. En contravía con la tradición plebeya del marxismo, radicalmente formulada por Lenin al sostener que el ciudadano menos “calificado” tiene tanta o más capacidad política que el especialista en “ciencia política” (Chatelet, 1977). Paralelamente, en este contexto tecnocratizado se promueven emociones y sentimientos que opaquen la capacidad reflexiva y la autonomía de los sujetos sociales, como el miedo, el odio, el fanatismo, la estigmatización, etc.

Declive anticapitalista y desarrollismo

La relación entre acción política y transformación revolucionaria es constitutiva del pensamiento crítico y componente esencial del partido político marxista. “El marxismo propone un programa de luchas, que partiendo del combate inscrito en la política, pasa a definir un nuevo lugar de lo político, una nueva existencia social de los individuos. Su idea rectora es el comunismo” (Chatelet, 1977, p. 23). Una sociedad de individuos libres que logre abolir las clases, el Estado, las relaciones mercantiles y distribuya la riqueza social “a cada cual, según sus necesidades”. El carácter determinante de estas luchas no es su tipo -salarial, social, nacional, insurreccional, electoral, etc.- sino su condición anticapitalista.

Pueden existir algunas actualizaciones derivadas del contexto actual de la lucha de clases, pero la lucha contra la explotación capitalista es una condición para emancipar a la naturaleza y a la humanidad. A. Sánchez Vázquez ha formulado cinco desafíos de las actuales luchas sociales: a) Las contradicciones sociales del sistema no se reducen a las que Marx y Engels destacaron entre la burguesía y el proletariado industrial; b) El arco de explotación y dominación abarca no solo la forma clasista que corresponde a la contradicción capital/trabajo, sino también a las de carácter étnico, género, ecológico, nacional, generacional, etc.; c) Dada la pluralidad de clases y fuerzas sociales que sufren los males del sistema capitalista, el sujeto del proceso de emancipación no es único, central y exclusivo, sino plural; d) La relación entre la posición objetiva de las diversas clases sociales que conforman el potencial sujeto de las transformaciones revolucionarias, actualmente es contingente y no forzado; e) Dado el potencial subversivo que genera su situación objetiva,



<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50031338>

dichas fuerzas y clases sociales pueden elevarse por sí mismas a cierto nivel de conciencia y acción política emancipatoria (Sánchez, 1997, p. 27).

Las izquierdas del orden a través de diversos subterfugios han transitado hacia el "embellecimiento", "sujeción" o abandono de la perspectiva anticapitalista. Los dispositivos o artimañas son múltiples, pero algunos son el precipicio de la *praxis* revolucionaria. Subrayemos solo algunos.

El primero consiste en definir la naturaleza de la "izquierda" como simplemente una incomodidad con la injusticia y la desigualdad, pero no relacionada con la existencia del sistema capitalista. Es posible consolidar un capitalismo más "justo" y "humano", sin necesidad de su abolición. El segundo es pretender caracterizar dos tipos de capitalismo, uno mafioso, terrateniente, rentista, supuestamente "malo", y otro emprendedor, no monopolístico, con criterio social, aparentemente "bueno". Lo que habría que hacer en Colombia sería entonces superar los rasgos feudales y deficitarios del capitalismo para desarrollar un capitalismo barrial y de pequeños empresarios. El tercero promueve una visión evolutiva, lineal y etapista del desarrollo económico que incluiría una "izquierda" que apoye en esta etapa la producción nacional, la burguesía nacional y el desarrollo técnico y científico; solo así, una vez consolidado el "capitalismo fuerte y bueno", se podrían abrir las condiciones de las transformaciones socialistas. Hemos constatado la desestructuración de la práctica política y el abandono del horizonte anticapitalista en las izquierdas institucionales, pero las luchas emancipatorias y las izquierdas revolucionarias podrán superar las limitaciones del orden capitalista dominante.

Referencias

- » Althusser, L. (2008). La filosofía como arma de la revolución. En *La soledad de Maquiavelo*. Madrid: Akal.
- » Chatelet, F., Pisier, E. y Vincent, J. M. (1977). *Los marxistas y la política* (Vol. I). Madrid: Taurus.
- » Foucault; M. (2014). Una introducción a la vida no fascista. En *Las redes del poder* (pp. 69-74). Buenos Aires: Prometeo.
- » Gramsci, A. (1973). *Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista*. México: Diógenes.
- » Lenin, V. (1961). ¿Qué hacer? En *Obras Escogidas* (V. 1). Moscú: Progreso.
- » Marx, C. (1976). Las luchas de clases en Francia. En *Obras Escogidas* (Vol. I), Moscú: Progreso.
- » Sánchez Vázquez, A (1997). La filosofía de la praxis. En Quesada, F. (Ed.) *Filosofía Política I. Ideas políticas y movimientos sociales* (pp. 17-35). Madrid: Trotta.
- » Sánchez Vázquez, A. (1972). *Filosofía de la Praxis*. México: Grijalbo.
- » Segato, R. (17/08/2020). Hay una catástrofe de género, es necesario darse cuenta. Recuperado de: <http://lobosuelto.com/hay-una-catastrofe-de-genero-es-necesario-darse-cuenta-rita-segato/>



<https://encrypted-tbn0.gstatic.com/images?q=tbn%3AANd9CcSvenZpq5j3wPMot54kDMZJBgEAW7eFBzq4ng&usqp=CAU>